



TEXTOS DE PRIMERA PLANA

ENCUENTRO CON STALIN (II)

Por Alexander Soljenitzin

Este es otro fragmento de la novela

El primer círculo, del escritor soviético

Alexander Soljenitzin, un autor que accedió a la fama a partir de la clandestinidad.

Se continúa aquí con la narración de la intimidad burocrática de José Stalin iniciada en el Nº 301.



—Bah, déjelo llegar, ¡él lo separará! —dijo Postkreychev inclinando la cabeza por tres veces consecutivas (al acostar su aspecto juvenil reflejaba aun su posición). Luego se puso rígido de nuevo al mirar con atención al Patrón—. ¿Tiene usted otras instrucciones, Yós Saronitsh?

Stalin consideró tristemente a ese pobre ser que tampoco, ¡ay! podía ser un amigo, en razón de su posición demasiado inferior.

—Vete, ahora, Sacha —masculló bajo sus bigotes.

Postkreychev asintió una vez más y retiró su cabeza de la puerta entreabierta que volvió a cerrar.

Stalin colocó de nuevo al cerrojo en su lugar y apretando el chal a su alrededor se volvió sobre el otro lado.

Entonces advirtió sobre la mesa baja, al lado del diván, un libro en rústica, barato, de cubierta roja y negra.

Inmediatamente se acordó de lo que le había agredido el pecho, de lo que le había producido esas cólicas de estómago, de lo que le había estropeado su cumpleaños. Era él, que aún hoy se levantaba sobre su camastro, al que no habían apartado: ¡Tito...! ¡Tito!

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo había podido equivocarse con respecto a ese escorpión? ¡Los años 1935 y 1937 habían sido tan gloriosos! ¡Tantas cabezas hasta entonces inocentes habían caído en aquellos años! Pero había dejado escapar a Tito.

Con un gruñido, Stalin pasó sus pies en la tierra, se incorporó y llevó las manos a su cabeza encanecida donde se dibujaba un comienzo de calvi-

cie. Una exasperación incontrolable se apoderó de él. Como un héroe de leyenda, Stalin había cortado toda su vida las cabezas siempre vivas de la hidra. Así había abatido toda una montaña de enemigos. Pero ahora tropezado con un montículo de tierra.

Kerensky, que todavía vivía en alguna parte, no le causaba la menor molestia al mundo staliniano. Por otra parte, Nicolás II o Kélschak bien podrían surgir de sus tumbas, Stalin no sentía la menor animosidad contra ellos: eran enemigos comprobados, no se parecaban proponiendo un socialismo para ellos, de una nueva forma, un socialismo mejor.

¡Un socialismo mejor! Diferente del de Stalin. ¿Qué aplomo! ¿Quién podía construir un socialismo sin Stalin?

No se trataba de que Tito tuviera el menor éxito. ¡De todas maneras nada podía salir de lo que estaba en tren de hacer! Stalin consideraba a Tito como un viejo método rural que ha abierto innumerables vientres y cortado miembros por centenas en lebas sin chimeneas o sobre mesas a la orilla del camino, mira a un joven interno de guardapolvo blanco.

De pronto, Stalin se dio cuenta de que su corazón latía más fuerte, que tenía la vista brumosa y sentía en su cuerpo espasmos desagradables.

Controló su ritmo respiratorio. Se pasó la mano sobre la cara y el bigote. No podía ceder. Si lo hacía, Tito le haría perder toda tranquilidad, todo apetito, todo sueño.

Su visión se volvió normal. Otra vez

se dio cuenta del libro rojo y negro. El libro no estaba allí inútilmente. Stalin lo tomó con un gesto satisfecho, caló su almohada detrás de él y retomó una posición semireclinada.

Era un ejemplar de la edición impresa en diez lenguas europeas, con un tiraje de millones de ejemplares: 71-30, el mariscal de los traidores, por Renaud de Jouvenel (era bueno que el autor apareciera como fuera de la discusión, que fuera un francés objetivo, sí y con un nombre aristocrático por añadidura). Stalin ya lo había leído atentamente algunos días antes pero como ocurría con todas las obras que le agradaban, no tenía ganas de abandonarlo. ¿Cuántos millones de ojos iban a abrirse para ver a ese tirano orgulloso, cruel, lleno de adoración por sí mismo y de abominable cobardía! Aun los comunistas occidentales se enfadaban. Ese viejo imbécil de André Marty tendría que haber sido excluido del Partido Comunista por defender a Tito.

¡Hojeó el libro y... estaba allí! Todo estaba allí, todo: el hecho de que Tito, según las apariencias, era un espía inglés, que estaba orgulloso de sus calzoncillos marcados con la corona real, que era físicamente repugnante, que se parecía a Goering, que tenía los dedos recubiertos de gruesos anillos, que estaba feccionado de medallas y de condecoraciones. ¡Cómo era patética esta vanidad en un hombre sin ningún genio militar!

30, era un libro objetivo. ¡A caso Tito no tenía perversiones sexuales! Habría que hablar de eso también.

Encuentro con Stalin (II). [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Encuentro con Stalin (II). [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile